

A NUESTROS LECTORES

A propósito del IV Informe Presidencial

Al iniciarse la década de los ochenta, la estructura económica de México mantiene los rasgos del desequilibrio interno y profundiza su encuadre en la actual fase de la dependencia.

Contra lo que pudiera esperarse con base en la experiencia recogida de coyunturas similares registradas en lo que va del presente siglo, podría incluso decirse que frente a la crisis estructural del capitalismo, y no obstante los prolongados y profundos efectos de la desproporcionalidad engendrada por el presente ciclo económico, el endurecimiento de la inserción proimperialista de la economía nacional es evidente como nunca antes.

Ahora, lejos de que los signos de la crisis internacional hayan sido la oportunidad para avanzar de manera significativa hacia la soberanía económica, ha vuelto a impulsarse el «modelo» de atenuación de la tasa de incremento demográfico; de concentración demográfica en las zonas metropolitanas y acelerado despoblamiento del campo; de estricta subordinación de las actividades agropecuarias, extractivas e industriales a los intereses de la hegemonía financiera y comercial; de marcada preferencia por el endeudamiento público externo e interno como fuente primordial de financiamiento de programas gubernamentales de dudoso beneficio social, y de intolerancia ideológica y política a pesar de la reciente acogida de tres grupos contestarios a los beneficios de la Reforma Política.

El IV Informe de Gobierno del presidente López Portillo no sólo es elocuente en torno a cada una de éstas y otras materias, sino revela inclusive una ostensible impotencia para enfrentar en cada caso los signos de la propia crisis.

En la marginalidad urbana, el campesinado se lumpeniza en busca de la «buena vida» que le significa la ciudad. Junto a la incontrolable penetración inflacionaria desde el exterior, el alto grado de autonomía del comercio interno respecto de los sectores productivos y el ambiente de abuso hacia los consumidores agrava los índices inflacionarios de la economía mexicana. La nueva política fiscal resultó de tan marcado carácter inflacionario en el corto plazo y amenaza serlo de tal manera en el mediano plazo, que se han comenzado a desgravar algunos artículos de primera necesidad y se liberará del

impuesto sobre la renta el «estrato» inmediatamente superior al que percibe salario mínimo. Sin considerar múltiples renglones de virtual endeudamiento público externo, la deuda reconocida oficialmente asciende a treinta y dos mil millones de dólares. Si bien el Ejecutivo Federal puede probar de alguna manera que la oferta de trabajo supera al crecimiento de la población, la verdad es que, convertida proporcionalmente a términos de desocupación abierta, la subocupación bajo cualquiera de sus formas sumada a aquélla arroja una desocupación del orden del 40 por ciento de la mano de obra disponible. No obstante ser probable que los suministros alimenticios provenientes del campo se incrementaron en 141 por ciento respecto a 1960, tal aumento sin ser una hazaña y pese a haberse logrado a costa de la economía de los campesinos que son los que hicieron el mayor aporte, tampoco es prenda de que los índices de nutrición del mexicano ahora estén por arriba de lo que registró el país a mediados de la década de los treinta. El que México se esté convirtiendo en el país de más rápido crecimiento pesquero del mundo no es muestra de bonanza pesquera sino de los ínfimos niveles de que arranca tal crecimiento. Una muestra palpable de la debilidad del crecimiento industrial lo es el hecho de que el correspondiente a la industria de bienes de capital no ha sido suficiente hasta ahora para cubrir los requerimientos de la demanda. Y, en fin, la fuente real de que se financia el crecimiento mexicano parece no ser otra que la de las altas tasas de plusvalía y de los excedentes petroleros.

Tal crecimiento de la economía nacional es, sin embargo, visible en multitud de aspectos y actividades en particular. Bastaría una somera revisión a las cifras petroleras, comerciales y bancarias o a las de algunas subramas pecuarias, manufactureras y aun agrícolas para comprobarlo.

Con todo, es aguda la problemática de nuestro desarrollo nacional. Para enfrentarlo, según fue indicado en el IV Informe Presidencial, contamos con los instrumentos idóneos de acción en el marco de la nueva política económica: el Plan Global de Desarrollo, resumen de múltiples planes y programas sectoriales, y el Sistema Alimentario Mexicano, que se nos presentan como la máxima expresión, hasta ahora, de la eficacia y la eficiencia gubernamental.

Sería cosa de analizar, sin embargo, si estos incipientes esfuerzos de planeación indicativa son capaces de frenar la dinámica del subdesarrollo y la dependencia en su complejo juego de fuerzas sociales internas y externas, a algunas de las cuales se refieren los materiales que se integran en este número.